

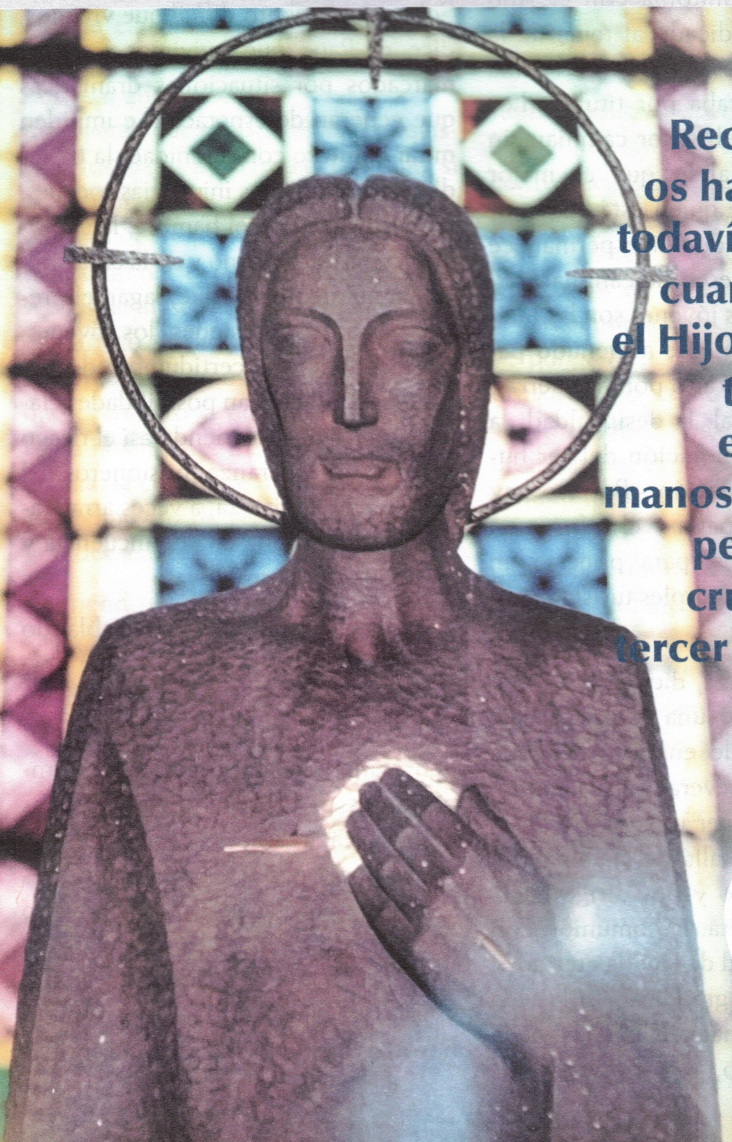
Misa Dominical

Para la celebración dominical y la pastoral litúrgica

2025 / 05

30 de marzo: Domingo 4 de Cuaresma / C
6 de abril: Domingo 5 de Cuaresma / C
13 de abril: Domingo de Ramos / C
17 de abril: Jueves Santo

Otros materiales:
Hoja de Semana Santa
Hoja de Novedades



**Recordad cómo
os habló estando
todavía en Galilea,
cuando dijo que
el Hijo del hombre
tiene que ser
entregado en
manos de hombres
pecadores, ser
crucificado y al
tercer día resucitar**

Lucas 24, 6-7



El Jubileo explicado a los jóvenes

El papa Francisco, con motivo de la 39a Jornada Mundial de la Juventud del 2024, que se celebró el pasado 24 de noviembre en cada diócesis, hizo público un mensaje dirigido a los jóvenes en sintonía con el Año Jubilar 2025, dedicado al tema de la esperanza. Por este motivo, el lema del mensaje llevaba por título: «Los que esperan en el Señor caminan sin cansarse», señalando que es mejor «el cansancio de quien está en camino que el hastío de quien permanece detenido y sin deseo de caminar». El Papa dice que los jóvenes son las nuevas generaciones, que a menudo pagan el precio más alto por las guerras, la injusticia social, la desigualdad, la pobreza y la explotación del ser humano y de la creación. Por eso hay que superar la apatía y el refugio en las transgresiones, para ponerse en camino no como simples turistas, sino como peregrinos.

Sobre la esperanza, dice el Papa que «es precisamente una fuerza nueva, que Dios infunde en nosotros, que nos permite perseverar en el camino, que nos hace tener una "mirada amplia" que va más allá de las dificultades del momento y nos dirige hacia una meta concreta: la comunión con Dios y la plenitud de la vida eterna. Si hay un objetivo grandioso, si la vida no está dirigida hacia la nada, si nada de cuanto sueño, proyecto y reali-

zo se perderá, entonces vale la pena seguir caminando y sudando, soportando los obstáculos y afrontando los cansancios, porque la recompensa final es maravillosa».

Sobre el momento difícil que vivimos, dice el Papa que «vivimos tiempos marcados por situaciones dramáticas que generan desesperación e impiden mirar el futuro con serenidad: la tragedia de la guerra, las injusticias sociales, las desigualdades, el hambre, la explotación del ser humano y de la creación. Frecuentemente, los que pagan el precio más alto son ustedes, los jóvenes, que perciben la incertidumbre del futuro y no vislumbran posibilidades claras a sus sueños, corriendo así el riesgo de vivir sin esperanza, prisioneros del hastío y de la tristeza, a veces arrastrados por la ilusión de la delincuencia y las conductas destructivas».

Y el papa Francisco sigue hablando de las dificultades diciendo que «estos tiempos de crisis, sin embargo, no son perdidos o inútiles, sino que pueden transformarse en ocasiones importantes para crecer. Son periodos de purificación de la esperanza. De hecho, en estas crisis muchas falsas "esperanzas", que resultan demasiado pequeñas para nuestro corazón, se desvanecen; quedan desenmascaradas y, así, quedamos al desnudo frente a nosotros mismos y ante las cuestiones

fundamentales de la vida, lejos de todo espejismo».

Muchas veces, el Papa ha dicho que no tenemos que mirar al mundo con la pereza de quien lo mira «desde el balcón» y no se implica en él. Por eso, ahora dice a

los jóvenes que «las metas, las conquistas y los éxitos a lo largo del camino, si se quedan solo en el ámbito material, después de un primer momento de satisfacción nos dejan aún sedientos, deseosos de un sentido más profundo. En efecto, no sacian plenamente nuestra alma porque fuimos creados por Aquel que es infinito y, por esa razón, habita en nosotros el deseo de la trascendencia, la constante inquietud hacia el cumplimiento de las aspiraciones más grandes, hacia "algo mayor"».

Refiriéndose al cansancio que conlleva la lucha de cada día, dice el Papa que «este tipo de cansancio es como un cemento en el cual están sumergidos nuestros pies, que termina por endurecerse, se vuelve pesado, nos paraliza y nos impide caminar». Y sentencia: «¡Prefiero el cansancio de quien está en camino que el hastío de quien permanece detenido y sin deseo de caminar!».

Para terminar, el papa Francisco, sabiendo que este año, en motivo del



Jubileo, muchos jóvenes irán a cruzar las puertas santas y a visitar las basílicas romanas, les dice que no lo hagan como turistas, que van de paso, sino como peregrinos, con tres actitudes necesarias: agradecimiento, búsqueda y arrepentimiento. Y les dice: «No se pongan en camino como simples turistas, sino como peregrinos. Que vuestro caminar no sea simplemente un pasar por los lugares de la vida de forma superficial: sin captar la belleza de lo que van encontrando, sin descubrir el sentido de los caminos recorridos, capturando breves momentos, experiencias fugaces para conservarlas en un *selfie*. El turista hace esto. El peregrino, en cambio, se sumerge de lleno en los lugares que encuentra, los hace hablar, los convierte en parte de su búsqueda de la felicidad. La peregrinación jubilar, por lo tanto, ha de ser signo del viaje interior que todos estamos llamados a hacer, para llegar al destino final».

FRANCESC ROMEU

La víspera de su pasión, las variantes en la misa de la Cena del Señor

La misa del Jueves Santo al atardecer —*Missa in Coena Domini*— tiene una ambientación espiritual propia. Aquel día se hace más viva la evocación de la Santa Cena, no solo a causa de las lecturas y de la ceremonia del lavatorio de los pies por parte del celebrante, sino que en el interior de la plegaria eucarística se hallan variantes alusivas a aquel momento de la vida del Señor Jesús.

Las hallamos en la Plegaria eucarística I o Canon Romano. Ya figuraban en el Misal antes de la Reforma Litúrgica y se han mantenido en el Misal de Pablo VI. Posteriormente, se ha introducido también un embolismo (variación dentro de un texto) en las Plegarias eucarísticas II y III. La Plegaria eucarística IV introduce la narración de la institución de la Eucaristía con términos tomados del principio del capítulo 13 del evangelio según san Juan: «Porque él mismo, llegada la hora en que había de ser glorificado por ti, Padre santo, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo. Y, mientras cenaba con sus discípulos...» (Jn 13, 1-2a). Donde el evangelista narra la acción de lavar los pies, la plegaria eucarística IV narra la institución de la Eucaristía. A pesar de tener un párrafo inspirado en el evangelio que

se ha proclamado la misma tarde, no puede usarse aquel día por ser inseparable de su propio prefacio y en aquella misa debe emplearse el Prefacio I de la Santísima Eucaristía.

Las variantes en el Canon Romano

La primera variación se halla en el *Communicantes*:

Reunidos en comunión *para celebrar el día santo en que nuestro Señor Jesucristo fue entregado por nosotros, veneramos en primer lugar....*

También el *Hanc igitur* es propio:

Acepta, Señor, en tu bondad, esta ofrenda de tus siervos y de toda tu familia santa, que te presentamos *en el día mismo en que nuestro Señor Jesucristo encomendó a sus discípulos la celebración de los misterios de su Cuerpo y de su Sangre; ordena en tu paz nuestros días...*

El relato de la consagración del pan presenta esta variante:

El cual, *hoy, la víspera de padecer por nuestra salvación y la de todos los hombres, tomó pan...*

Para facilidad del celebrante, la Plegaria eucarística I o Canon Romano se halla entera en el Propio del tiempo, después de la Oración sobre las ofrendas del Jueves Santo. En las ediciones anteriores del Misal Romano, tras la consagración del pan, había que volver al Ordinario de la Misa,

en la página de la consagración del cáliz. Lo mismo sucede en catalán. En la última edición –cuyo uso en la celebración de la misa es preceptivo– se ha colocado dentro del propio del Jueves Santo todo el Canon Romano. Se introduce con esta indicación: «Cuando se utiliza el Canon Romano se hace todo como se indica en los núms. 18s». Lo mismo hallamos en la edición típica en latín.

La variante en las otras plegarias eucarísticas

- La Plegaria eucarística II: «El cual, en esta misma noche, cuando iba a ser entregado a su pasión voluntariamente aceptada...».
- La Plegaria eucarística III: «Cuando iba a ser entregado, habiendo amado los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo y, mientras cenaba con sus discípulos...».

Comentario

Con cualquiera de las tres plegarias eucarísticas señaladas se hace mención del Jueves Santo como día en que el Señor fue entregado a la pasión. Y se hace justamente antes de repetir el gesto y las palabras sobre el pan para consagrarlo. El recuerdo de la Última Cena se hace, pues, más vivo. Las plegarias I y II contienen el adverbio «hoy» (*hodie*). La Plegaria III usa aquí el recurso al capítulo 13 del evangelio según san Juan, copiando –por así decirlo– la Plegaria eucarís-

tica IV. No menciona el «hoy», sino que ambienta la narración en la Cena y destaca la caridad de Cristo, el amor a los suyos hasta el fin.

Con todo, el Canon Romano es el más expresivo, el que desarrolla más el tema. Por ello, lo señalaría como el más adecuado para la misa de la Cena del Señor. Siendo el Jueves Santo día de concelebración, será oportuno que los concelebrantes tengan a la vista un folio donde se halle esta parte de la plegaria eucarística para recitarla en voz baja uniéndose al celebrante principal. Lo mismo si se usa la Plegaria eucarística III. Desde el punto de vista literario, el texto latino resalta todavía más el «hoy»:

Qui pridie quam pro nostra omniumque salute pateretur, hoc est hodie...

Desde el punto de vista teológico queda clara la voluntad de salvación universal. Mientras que en las palabras sobre el cáliz decimos «por muchos» (en latín: *pro multis*); aquí el texto dice «y la de todos» (*omniumque*). No hay contradicción, sino exactitud con el texto latino, el cual remite al texto griego: por muchos – *pro multis-hyper pollôn*. El papa Benedicto XVI, en su carta explicativa a los obispos alemanes, afirma que la voluntad salvífica de Dios es universal como queda claro por otros textos del Nuevo Testamento.

F. XAVIER ARÓZTEGUI

El Triduo Pascual

Constituye la etapa más antigua de la preparación de la Pascua. Ayuda a entenderlo si consideramos que está formado por dos celebraciones de la Pascua: el Viernes Santo y el día de Pascua, con un día de contemplación entre ellos, el Sábado Santo. La misa de la Cena del Señor, el Jueves Santo por la tarde, equivale a las primeras vísperas del Viernes Santo (de hecho, en la liturgia ambrosiana, y también en la romana antes de la reforma de la Semana Santa, están mezclados los textos de la misa de la Cena con los de las vísperas).

Gracias al relato del Peregrinaje de Egeria, podemos saber cómo se celebraba el Triduo Pascual en Jerusalén a final del siglo IV y, al mismo tiempo, es posible identificar los estratos más antiguos de las celebraciones actuales. Así, por ejemplo, sabemos que la devoción a la cruz tiene su origen en Jerusalén. Egeria explica con detalle cómo se organizaba la veneración del *Lignum Crucis* en la capilla del Calvario, justo al lado de la basílica del Anástasis, y cómo se tenía que estar atento para que los peregrinos más fervorosos no se llevaran uno de sus trozos. ¡La pasión por tener reliquias de la cruz era tan grande que, una vez, un peregrino mordió la madera para llevarse un fragmento!

Hemos mencionado al principio dos celebraciones de la Pascua porque el Viernes Santo celebramos la victoria de Jesucristo en la cruz. «Adoramos, Señor, tu cruz, alabamos y glorificamos

tu santa resurrección; por este árbol ha venido la alegría a todo el mundo», cantamos mientras nos disponemos a la adoración de la santa cruz. Es la Pascua de la cruz; no es en absoluto la memoria del funeral del Señor. Ciertamente, la liturgia pone el acento en la pasión y la muerte, y el evangelio se termina con Jesús muerto y puesto en el sepulcro, pero las otras lecturas (Isaías, el salmo 30 y la Carta a los Hebreos), además de los textos eucológicos, como ya hemos visto, y la comunión al final de la celebración (es la única liturgia de pre-santificados que ha quedado en la tradición romana), anuncian ya la resurrección.

Podemos hablar del Sábado Santo como de día a-litúrgico solo a condición de que entendamos la palabra liturgia como sinónimo de Eucaristía. Entonces sí. Efectivamente, este día, como también el Viernes Santo, no se celebra misa, y el Sábado, además, no hay ni pre-santificados. Pero, en cambio, sí que se celebra la liturgia si entendemos como tal la Liturgia de las Horas y la administración de los sacramentos en caso de necesidad. El Oficio Divino, que en el Triduo es especialmente rico de contenido, toma el Sábado Santo un relieve especial y dispone a los fieles a celebrar la Vigilia Pascual, la madre de todas las vigiliias, como el encuentro personal y comunitario con el Señor resucitado porque cada vez que celebramos el memorial del sacrificio de Cristo se hace presente la obra de redención.

IGNASI FOSSAS

Presencia de Cristo en la liturgia

Cristo prometió estar presente hasta el final de los tiempos en su Iglesia (cf. Mt 28,20). Esta presencia se hace realidad sobre todo en la acción litúrgica, como dirá *Sacrosanctum Concilium*: «Está presente en el sacrificio de la misa, sea en la persona del ministro, “ofreciéndose ahora por el ministerio de los sacerdotes el mismo que entonces se ofreció en la cruz”, sea sobre todo bajo las especies eucarísticas. Está presente con su fuerza en



los sacramentos, de modo que, cuando alguien bautiza, es Cristo quien bautiza. Está presente en su Palabra, pues cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura, es él quien habla. Está presente, por último, cuando la Iglesia suplica y canta salmos, el mismo que prometió: “Donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (Mt 18,20)» (núm. 7).

Estos diferentes modos de estar presente Cristo en la celebración tienen asociados una ritualidad propia.

La presencia de Cristo se nos anuncia por medio del saludo litúrgico: «El Señor esté con vosotros». Al inicio de la misa, concluido el canto de entrada y la signación, «por medio del saludo, [el sacerdote] expresa a la comunidad reunida la presen-

cia del Señor» (*Ordenación General del Misal Romano* 50). Antes de proclamar el evangelio, nuevamente el saludo litúrgico nos llama la atención para manifestar la presencia del

Señor que nos dirige su Palabra. En tercer lugar, la plegaria eucarística, momento en el que tendrá lugar la consagración de pan y del vino, presencia real del cuerpo y la sangre de Cristo, se abre con el saludo litúrgico. Y finalmente, tras haber re-

cibido a Cristo en la comunión, este se ha hecho presente en la vida de cada creyente, como se lo recuerda el saludo litúrgico que precede a la bendición final y la despedida del pueblo.

De la misma manera, los diferentes besos que se dan en la Eucaristía son signo de veneración de la presencia de Cristo. El beso al altar por parte del sacerdote al comenzar y terminar la celebración, nos evoca la presencia de Cristo en el pan y el vino que son consagrados sobre el altar. La proclamación del evangelio concluye con un beso al libro, mientras el sacerdote dice en secreto: «Las palabras del evangelio borren nuestros pecados». Y se besa al hermano en el momento de la paz: Cristo presente en la asamblea reunida.

JOSÉ ANTONIO GOÑI

Que esta semana sea «santa», viviendo lo «esencial»

Con la celebración del Domingo de Ramos iniciamos el recorrido hacia la fiesta de Pascua. Queremos acompañar a Jesús, pero, sobre todo, queremos dejarnos acompañar por Él. La trayectoria que seguiremos viene marcada por la liturgia con su belleza austera e incomparable. Dejémonos llevar por el ritmo celebrativo de la Iglesia que nos convoca a hacer horas extraordinarias en esta Semana Santa Jubilar. Busquemos y cuidemos los tiempos de oración que la Iglesia nos ofrece, ya que han sido elegidos con sabiduría y nos dan la oportunidad alegre del encuentro con Cristo. El momento es significativo. Es la «hora» de la entrega, el máximo gesto de Dios que nos demuestra el amor por la humanidad y que da la vida por ella en la persona de su Hijo Jesús. El misterio más grande de amor hecho realidad en la historia de las personas y de los pueblos.

Repasemos nuestro recorrido cuaresmal y hagamos un pequeño examen de conciencia. ¿Qué habrá pasado que nos ayude a proyectar nuestra vida con la intensidad de la fe, con la alegría de la esperanza y con el ardor de la caridad? ¿Hemos dejado que Jesús nos acompañe y oriente? Ahora necesitamos contemplarlo en el momento dramático de su muerte y en el momento triunfante de su resurrección, para asociarnos al misterio que explica la decisión de cumplir la voluntad de Dios, el Padre. Sabemos que, para Jesús, no ha sido fácil, como tampoco lo es para cualquier persona que sienta la tentación de tomar un camino diferente del señalado por Él.

Será bueno que en el inicio de la Semana Santa vayamos a lo esencial y nos propongamos acercarnos a Jesús con actitud creyente, identificándonos con Él en el esfuerzo de entender la voluntad del Padre y también identificándonos, como Él, con los que viven de un modo similar la misma tragedia. Solo es posible abrir el corazón a la esperanza y a la vida de resucitados si creemos que el camino que hay que seguir es el mismo que hizo Jesús, un camino de abajamiento, de obediencia al Padre, un camino de humildad.

Por otro lado, el silencio será la gran revelación, porque cuando el hombre pretende anular a Dios, Dios calla. La soledad de la cruz y el silencio que lo rodea se transforman en la máxima revelación y es el grito más agrio y más grande de la historia. Con la muerte de Jesús, la persona cree que ha conseguido eliminar a Dios, pero deberá aceptar su impotencia y la mezquindad de su pretensión, cuando tenga que reconocer que Dios lo ha resucitado.

Acompañar a Jesús en su entrega hasta la cruz, y decidámonos a acompañar a las personas que soportan su mismo peso a causa de la injusticia, la violencia, la tortura y todas las violaciones de los derechos y de la dignidad humana, especialmente las que atacan contra la vida de las personas, desde la concepción hasta su fin natural. Somos una comunidad capacitada para celebrar la vida plena, la que Jesús nos ha ganado con su muerte y resurrección.

SEBASTIÀ TALTAVULL ANGLADA

Centre de Pastoral Litúrgica

☎ Diputació 231 - 08007 Barcelona

☎ 933 022 235 ✉ cpl@cpl.es - www.cpl.es
wa 619 741 047

Director de la publicación: Jaume Fontbona

Año LVII

Suscripción anual: 110,00 €

Precio de cada ejemplar: 7,00 €

Imprenta: GZ Printek

ISSN 1887-8202 / D.L.: B.18.369-1975